



EL TÉ.

La planta del té es indígena de la China y probablemente tambien del Japon, haciendo los habitantes uso de su infusion desde los tiempos más remotos. Los chinos y los portugueses de la India á su imitacion, como tambien los españoles en Filipinas, lo llaman *chá*.

Considerada la planta del té en sentido agricultural, es como la viña; su lugar mejor son las colinas, las laderas de montes altos y terrenos que no son aptos para la siembra de granos. La planta del té considerada en sentido botánico es *poliantea*, del orden natural de *Columníferas*; es un arbusto siemprevivo muy ramoso y frondoso, las hojas son de forma elíptica y dispuestas alternativamente en ramitas tupidas, y constituyen la parte apreciable de la planta. Las

flores son blancas con estambres amarillos: el arbusto del té es muy semejante en apariencia, aunque no en cualidades, al mirto ó arrayan, como se cria en Andalucía, Valencia y otras partes de España é Italia, por lo que el clima adecuado para esta planta debe ser bueno tambien para el té.

La siembra del té se verifica de la manera siguiente: se hacen agujeros pequeños en hileras á distancia uno de otro de poco más de un metro, echando en cada hoyito, segun el conocimiento del terreno, de seis á doce granos, siendo tan delicada esta planta para nacer, que rara vez arraiga la cuarta parte de la semilla que se siembra. Luégo que han nacido los granos se riegan cuidadosamente con una especie de cucharon muy largo, mante-

niendo las plantas limpias de toda hierba mientras están tiernas. Aunque una vez nacido el té no se duda que crecería sin más cuidado, es de mucha ventaja el escardarlo, y los cultivadores más industriosos abonan la tierra una vez al año. La planta del té no llega á su madurez hasta los tres años, y en este tiempo no sólo la calidad es más superior, sino que la hoja es más abundante; en tal estado no tiene más de una vara ó vara y cuarta; mas á los siete años crece regularmente hasta dos varas, y en este tiempo echa ménos hojas, que son más bastas. Se recogen las hojas de una hasta cuatro veces; esto es, una parte cada vez, aunque para esto consideran los chinos la edad de los árboles. Lo más general es hacer tres cosechas al año: la primera á mediados de Abril, la segunda á mediados de Junio, y la tercera á fines de Agosto.

El modo de recoger las hojas es de considerable importancia y se hace con una proligidad peculiarmente chinesca; los hombres en cucullas arrancan hojita por hojita y las ponen en canastas; pero si encuentran alguna seca la desechan. En la primera cosecha, ó sea cuando las hojas son tiernas, es tanto el cuidado que ponen en la primera recolección que ni aún se atreven á respirar por temor de que el aliento injurie el olor de la hoja: en las

sucesivas basta con tener las manos bien lavadas.

Para probar la proligidad de los orientales en la cosecha del té, basta la siguiente relacion sobre su cultivo en el Japon:

«En un lugar llamado Ultri, hay una montaña cuyo clima se supone ser congenial á la perfección del té y cuya cosecha se reserva para el uso del emperador y sus favoritos. Alrededor de la montaña hay un pozo ancho y bastante profundo, que es inaccesible á todos, excepto á los guardianes de aquel tesoro. Las plantas se protegen del tiempo inclemente, y se sacude el polvo de las hojas algunos dias ántes de recogerlas. Los encargados de esta operacion están precisados á observar dieta y abstenerse de todo alimento estimulante por temor de que el aliento ó respiración perjudique al delicado olor de las hojas: se les obliga á bañarse ántes de comenzar cada tarea, y arrancan las hojas con guantes de cabrito.»

Las hojas más tiernas, que son las arrancadas primero, son muy superiores á las demas; el color es muy delicado, el olor aromático y un poco amargas de gusto. Las hojas del segundo arranque tienen un color verde prado, y las arrancadas despues verde oscuro. Sin embargo de la tediosa proligidad con que se hace esta operacion, los trabajadores son tan diestros, que una per-

sona práctica recoge al día 10 ó 15 libras.

Otra de las operaciones que con el té tienen que hacerse, es la arrolladura y tostadura de sus hojas; el té de grano muy fino, llamado por los ingleses *Gunpowder* ó pólvora, siendo hecho generalmente de una hojita cada grano, no sólo se arroлла con mayor facilidad, sino que tambien se perfecciona por el fuego del horno al grano dejándolo apretado y luciente; las hojas de la segunda recogida, siendo doble mayores, necesitan dividirse en dos mitades, y éstas tambien por ser tiernas se arrollan bien; pero la de la tercera, y más particularmente las de la última recogida, son grandes y duras, es preciso hacerlas pedazos, no se pueden arrollar bien estos pedazos con los dedos, y el fuego no hace más que arrugarlas; por esto en los tés de calidad inferior las hojas son tan irregulares. Arrolladas las hojas se procede á la tostadura ó seca, y ésta operacion es igual para el té verde como para el negro, con la sola diferencia de que se tuesta el verde en recipientes de hierro y el negro en lebrillos de barro.

Concluida la preparacion del té, principia la operacion de separar las hojas en clases segun sus cualidades, y luégo se ponen en cajas, unas para el consumo del país y otras para el extranjero. Las cajas

para exportacion tienen varios sellos y marcas que denotan el distrito, el fabricante y otras particularidades relacionadas con el comercio de la China.

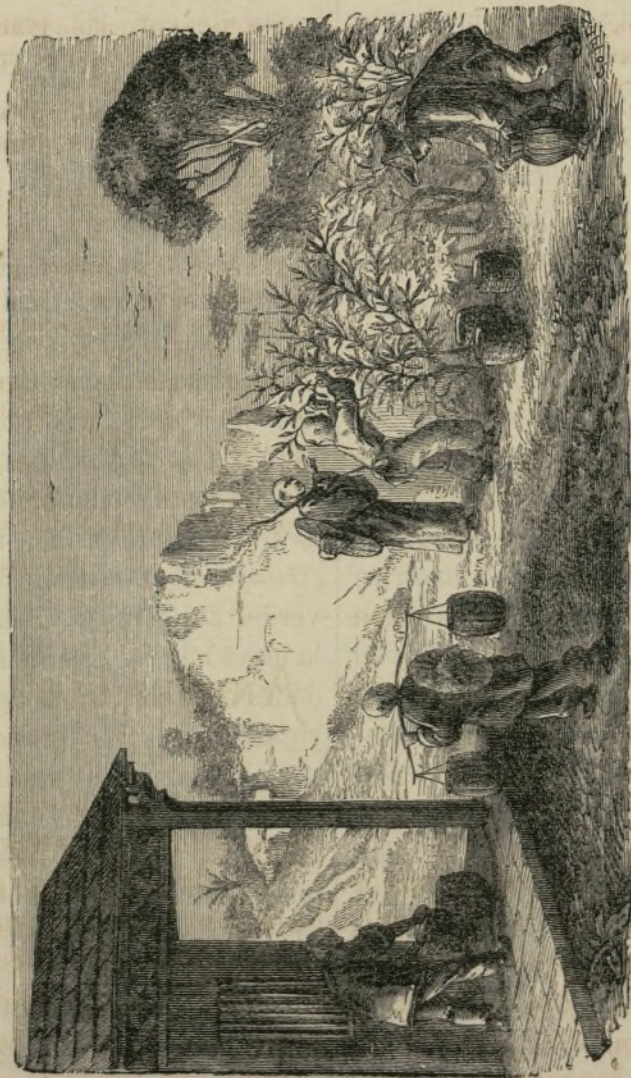
Sucede con las plantas del té como con nuestras viñas, la uva es una genéricamente; pero hay variedad de especies, unas blancas, otras moradas y otras negras y de calidades diferentes. El té negro y el verde son de dos especies provenientes del clima, localidad, terreno ú otras causas que han perpetuado la diferencia. Casi todo el té negro se cria en la provincia de Fekyen; el té verde es el más general para el consumo de la China. El té verde de grano suelto y fino (*Gunpowder*), es el mejor de la clase verde, así como el Pekoe lo es de la clase negra. El orden de las calidades está clasificado de la manera siguiente: *Verde Gunpowder*, *Imperial*, *Hysson*, *Twankey*; *Negro Pekoe*, *Souchong*, *Congou*, *Bohea*. El mérito principal, como he dicho ántes, consiste en que sea de la primera, segunda, tercera y cuarta recogida.

El té es una especie de narcótico muy suave y semejante en sus efectos á los producidos por otros narcóticos, sin exceptuar el opio mismo, tomado en pequeñas cantidades. El té, particularmente el verde, tomado en pequeñas cantidades, alegra los espíritus, y una

infusion fuerte de buen té, produce una excitacion considerable en los nervios y priva del sueño. Los chinos son muy aficionados á toda bebida narcótica: la virtud excitante

del té fué probablemente el estímulo para su uso.

Los europeos lo beben como almuerzo y como colacion; pero los chinos lo usan muchas veces al dia,



RECOLECCION DEL TÉ EN CHINA.

es la bebida de todas las visitas y lo ofrecen á todo el que entra en la casa de otro. Los japoneses echan el té en polvo, y los chinos en hoja en una taza ó jarrito, vierten en la vasija el agua hirviendo y lo ofre-

cen á la persona que entra ó á la compañía en que se hallan.

En Europa, como es muy estimulante é impropio para ciertos temperamentos, se suele mezclar su infusion con leche.—C. O. G.

LA FUENTE Y LA PALMERA.

APÓLOGO.

Erguido el tronco y elevado al cielo,
 En el oasis la gentil palmera,
 Esbelta y altanera,
 Del africano suelo
 Abraza con su sombra protectora
 La fuente bullidora
 Que, con blando murmullo cadencioso,
 Besa el tronco escamoso
 Del árbol del desierto, y la onda pura,
 Líquido espejo de bruñida plata,
 Cariñosa retrata
 De la esbelta palmera la figura.
 El árabe viajero
 Que cruza del desierto la llanura,
 Sufriendo el dolor fiero
 Del hambre y de la sed, ve en lontananza
 El árbol que al descanso le convida,
 Y su vista le presta nueva vida,
 Y más y más en su camino avanza.
 Cuando ya, destrozado,

Logra llegar al oasis codiciado,
 Apaga de la linfa en la corriente
 La sed crúel, ardiente,
 Que sus fauces secaba; y la palmera
 Le ofrece sus racimos apretados
 De dátiles dorados,
 Que aplacan del viajero el hambre fiera.

También en el desierto de la vida
 La palmera querida [nanza;
 Contempla el hombre siempre en lonta-
 Y percibe la fuente bullidora:
 La querida palmera es la *esperanza*,
 Y la fuente en sus aguas atesora
 La *fe* que bebe ansioso;
Fe y *Esperanza* que le dan consuelo
 En su camino largo y doloroso
 Por el triste desierto de este suelo.

VENTURA MAYORGA.

AMPARO Y ANDRESILLO.

I.

Amparo y Andresillo están cortados con el mismo patron, con las propias tijeras; pues en lo inquietos, revoltosos y descontentadizos, se parecen como un huevo á otro huevo, como dos monedas de perro grande.

No dejan parar nada ni á nadie, ni ellos pueden parar tampoco ni un instante. Los dos solos alborotan la casa, y se comprometen muy formales á turbar la paz y el

sosiego de todos los niños, que para todo tienen atrevimiento.

Hoy la mamá ha regalado á cada niño un precioso juguete; pero ni la una se queda satisfecha con su ferro-carril, ni conforme el otro con su velocípedo; que éste deseaba mejor una escopeta para enseñar con ella á su perrito el ejercicio militar, y aquélla quería mucho más una muñeca muy grande para jugar á las visitas, coserla vestidos y llevarla á paseo á la plaza de Oriente.

El caso es que los dos pequeñuelos meten tal algazara y tanto escándalo con sus juguetes, que la mamá les amenaza con quitárselos, y les dice que ya no vuelve á comprarles otros en la vida.

Pero ellos se rien, se hacen los tontos y continúan con su infernal algarabía.

Andresillo llora de repente al ver su velocípedo hecho mil pedazos, y la emprende con su hermana, porque él quiere ahora apoderarse de su ferro-carril.

Pero la niña se defiende, sostiene la lucha valerosamente, que ella no suelta ni á tres tirones el regalo de su mamá, el lindísimo juguete que tanto le alborozaba.

—Este es mio, —le dice; —haber guardado el tuyo y le tendrías.

Pero el muchacho no atiende tan justísima razon y pega á la niña, rompe su ferro-carril, desbarata los wagones y las figuras, no sin que aquélla, en pago de semejante hazaña, le estire fuertemente las orejas, que se las pone tan coloraditas como un pimiento de la Rioja.

Al ruido que se arma, el gato huye, el perro se alborota y la mamá acude al sitio de la ocurrencia, donde encuentra á sus hijos riñendo como dos chicos mal educados y sin corazón.

—¿Qué es eso? ¿por qué os pegáis?

Amparo se coloca al lado de su

mamá y le cuenta todo lo ocurrido.

—Tú tienes la culpa, que no me has querido dar tu ferro-carril.

—Cállate, mal hermano.

—Es que tú eres peor que yo.

La mamá pone término al diálogo y les reprende severamente, en particular á Andresillo por haber iniciado cuestion tan desagradable.

—Los niños, —les dice, —deben apreciarse mucho, respetarse mutuamente, no disputar nunca, *amarse los unos á los otros*; porque Dios, que os ve, se disgusta de vuestras riñas, y castiga á los que convierten sus juegos en reyertas.

Las palabras de la amantísima madre les impresionan vivamente y resuenan en el fondo de sus almas con inefable dulzura; y llenos de vergüenza por haber faltado al cariño que se debían, se besan y se abrazan una y cien veces, comprometiéndose á no tener ya la más pequeña disputa ni contienda.

II.

Los dos hermanos, andando, andando el tiempo, ya no se pelean; se estiman y se quieren con sinceridad, son muy afables y bondadosos.

No: ya no se rompen ni estropean los juguetes; se toleran sus defectos y sus ligerezas; procuran siempre obrar bien; no hacerse el menor daño, porque se acuerdan de

los consejos de su mamá; porque no olvidan ni un momento que el amor es el lazo de oro que une á los niños y á los hombres en santa paz, la luz que ilumina sus juegos inocentes, la fuente donde brotan el bien y la alegría.

La semilla sembrada en sus corazones por su buena madre con tanta solicitud, fructifica en ellos abundantemente; tienen el corazón en la mano, y de sus labios, rojos como las cerezas, sólo se oye azucarada lluvia de frases que recogen los pobres con júbilo, como su mejor consuelo; sólo se escuchan palabras de cariño para todos, donde brillan sus nobles sentimientos y resplandecen sus bellas cualidades.

—Son dos ángeles,—dice la portera de la casa, cuando cruzan el portal, saltando como dos inocentes corderillos.

—¡Qué buen corazón tienen esos niños! Los cuartos que les regala su mamá para juguetes y golosinas, los dan á los pobrecitos del barrio.

—¡Cuánto aman á los pobres!—añaden algunas vecinas al verles subir ó bajar las escaleras.

Y quién más ó menos en la vecindad, cuantos les conocen, elogian sus sentimientos tan caritativos y humanitarios.

III.

Una noche, en sus cándidos sueños, creen escuchar cerca, muy cerca de su lecho, la voz dulcísima de un ángel, vestido con los colores del cielo, cuyos ecos, más suaves que los de orquesta de pintados pajarillos, parece que resuena de un modo misterioso en la habitación.

Y despiertan, abren sus ojos... y ven á un ángel... á su hermosa madre que les vela y acaricia amorosamente; escuchan su cariñosa voz, que repite una vez y otra: «Amaos los unos á los otros, amad siempre á los hombres, y Dios os abrirá las puertas de la gloria.»

Y de tal manera se graban en ellos sus palabras, que de día en día, conforme crecen en edad, andando, andando el tiempo, florece más lozano en sus almas el árbol bendito del amor.

C. SERRANO MAGDALENA.

LA DICHA ESTÁ EN EL HOGAR.

Loco es ¡ay! quien corriendo tras la dicha
Se aleja de su hogar;

Si á la dicha la vuelve las espaldas,
¡Cómo la ha de encontrar!

CELSO GOMIS.



CONTRA AVARICIA LARGUEZA.

CUADRO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

PEDRO GROIZARD

A LOS SRES. DIRECTOR Y CATEDRÁTICOS DEL REAL COLEGIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL

COMO PEQUEÑA PRUEBA DE GRATITUD, SU DISCÍPULO

El Autor.

PERSONAS.

ELVIRA, niña de 12 años.
MARÍA, *id.* de 10.
D. JORGE, padre de Elvira y María.
ANGELA, mendiga anciana.
TRIFON, mayordomo de D. Jorge.
UN CRIADO.

*La escena pasa en la sala de una quinta,
junto á un pueblo de las cercanías de Ma-
drid.*

Epoca actual.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA y MARÍA.

MARÍA. ¡Ay, Elvira, yo no puedo.
Hoy me encuentro tan cansada...
ELVIR. (*Rogando cariñosa.*)
¡Haz un esfuerzo, María,
Que está bien cerca de casa!
¡No te agrada ver el rostro
Que muestra alegre la anciana
Cuando pones... lo que puedes

Sobre su mano crispada?
Toman de nuevo sus ojos
La vida que en ellos falta,
Para mostrar el afecto
Que en su corazón nos guarda.
Quizá murmura entre dientes
Una piadosa plegaria,
Cuando la pobre limosna
Toma, y *ángeles* nos llama

MARÍA. ¡Pero papá lo prohibe!

ELVIR. ¡Tal desobediencia es santa!

MARÍA. Y ese dinero...

ELVIR. ¿Qué importa

Tan poco dinero en casa?

MARÍA. En cuanto papá lo sepa,
Verás como nos regaña.
Nos dirá que derrochamos
Lo que él sudando nos gana.
Sabes que para limosnas
Si le pedimos se enfada.
El otro día en la alcoba,
Yo no sé en qué me ocupaba,
Cuando oí que los criados
Se decían en voz baja
Lo que yo escuché, curiosa,
Por una abierta ventana.
—«Yo me voy; es imposible
Que se viva en esta casa;
Tanta escasez y avaricia
En el señor, nadie aguantará.
Él al darnos el salario
Gruñe mucho y siempre rabia,
Cuando lo quita á sus hijas
Y mete el oro en las arcas.»

ELVIR. Y tú que escuchabas eso,
¿No les respondiste nada?

MARÍA. ¿Qué iba á decirles? Callarme
Y despreciar sus palabras.

ELVIR. ¿Quiénes son unos criados
Para juzgar á quien manda?

MARÍA. Y despues, el más antiguo,
Así decía y lloraba:
—«¡Pobre señorita! ¡Ha muerto
Mártir y como una santa!
El médico la veía
Contento, y la recetaba;
Pero jamás el señor
La dió medicinas caras;
Y cuando ya estuvo muerta,
Al despedirse de casa
Dijo el médico entre dientes,
Aunque yo oí, estas palabras:
—¡Pobre mujer!... La avaricia

De su esposo es quien la mata!

¡Pobre madre!

ELVIR. ¡Está en el cielo;

Que hagas bien aquí te manda!

MARÍA. ¡Si nuestra madre viviera,
Cuánto la pobre gozará!

ELVIR. Como goza desde el cielo
Al escuchar esta plática.
Ella me enseñó que al pobre,
Como pudiera, amparara;
Y poco ántes de su muerte,
Cuando á rezar nos llevaba,
Pan daba á la pobre vieja,
Y consuelo con palabras.
Cuando al extender mi mano
Lee el fondo de mi alma,
Y ve mi gozo infinito,
Y ve mi alegría tanta,
Me dice:—Sigue, hija mía,
Cual ángel que el cielo manda,
Para consuelo del pobre
Y bien de tu madre santa.—
Desde ese día, María,
Mi limosna nunca falta;
Si no la doy, mi conciencia
En sueños me acusa airada.
¡Vente! ¡Vente!

MARÍA. (*Gozosa.*) ¡Oh sí, corramos
A hacer bien, querida hermana!
(*Vánse corriendo.*)

ESCENA II.

D. JORGE y TRIFON.

JORGE. Explíqueme usted, Trifon,
En qué se fué ese dinero,
Pues siguiendo este sendero
Se llega á la perdición.
(*Examina con señales de asombro
una cuenta que Trifon le da.*)

Es sistema hartó sencillo

Ponerme cuentas así;

Pero no conviene á mi

Enflaquecido bolsillo.

TRIF. Debo, señor, recordar

Que la suma figurada

Se gastó en la temporada

Que usted se marchó á viajar.

JORGE. No lo dudo: mas confieso

Que con lo que usted gastó,

Sostener podría yo

Un palacio, y... con exceso.

TRIF. Tambien debe recordar...

JORGE. (*Interrumpiéndole.*)
Que en vano le repetí
Lo que hacer debia aquí.
¡Dónde vamos á parar!

TRIF. (Presentará mil razones
Por no pagar estos meses.
¿Qué son estos intereses
Al lado de sus millones?)

JORGE. Y si tengo que salir
Y usted sigue tan sin tino,
Trifon, en San Bernardino
Tendré al cabo que morir.

TRIF. Con sus reparos me abruma...

JORGE. Pagaré así que el banquero
Me remita algun dinero;
Pero esta suma... esta suma...

TRIF. Señor, Elvira y María,
Apénas se levantaban
En mi cuarto penetraban,
Y una ú otra me pedia
La pequeña cantidad
Que en todo el año sumada
Forma, para un año, nada,
Cien reales.

JORGE. (*Con espanto.*) ¡Qué atrocidad!
¿Y del dinero qué hacian?

TRIF. Eso queriendo saber
Seguillas, y pude ver
Que á pobres lo repartian.

JORGE. ¡Vaya!... ¡En limosnas cien reales!
¡Que escándalo! Ya verán
Cómo ellas se privarán
De sus gustos especiales.
¡Fabulosa cantidad!
¡Cien reales! ¡Eche usted cobre!
¿Volviendo á su padre pobre
Entienden la caridad?
Desde hoy, señor don Trifon,
Para limosnas ¡ni un cuarto!
¿Está usted?

TRIF. Sí que estoy (harto
De tu duro corazon.)
Fírmelas. (*Lo hace D. Jorge.*)
Muy bien está.
¿Algo desea el señor?

JORGE. ¡Que hoy, mostrando mi rigor,
Ni un cuarto á nadie se dá!
(*Vánse.*)

ESCENA III.

ELVIRA Y MARÍA.

ELVIR. No sé por qué se apodera
Tal angustia de mi pecho.
¿Por qué no estará la anciana
En su acostumbrado puesto?...
¿Estará la pobre enferma?
Si yo pudiera, al momento
Iria á verla y cuidarla;
Pero papá, que es tan serio
Para esas cosas...

MARÍA. De fijo
Nos regaña si lo hacemos.

ELVIR. Sola, la pobre, da lástima
Con sólo pensarlo...

MARÍA. Creo
Que debemos arriesgarnos.

ELVIR. Veré si á papá enternezco:
Le pintaré su bondad.

MARÍA. Y nuestro cariño inmenso.

ELVIR. Le hablaremos de mamá.

MARÍA. Y tambien de su hijo, el muerto
En la Habana, adonde fué
A defender nuestro reino.

ELVIR. Vamos á hablarle...

MARÍA. Nos riñe.

ELVIR. ¡Que nos riña!

MARÍA. (*Al ir.*) No me atrevo.

ELVIR. Allí viene, y se lo digo.

ESCENA IV.

ELVIRA, MARÍA Y D. JORGE.

JORGE. (*Incomodado.*)
¡María! ¡Elvira!

MARÍA. (¡Yo tiemblo!)

JORGE. Me habeis puesto en ocasion
De que os regañe, y lo siento.
¿Por qué habeis sin mi permiso
Derrochado así el dinero
Que pedis por la mañana
A don Trifon en secreto?
¿Está bien que yo me afane
Por buscaros el sustento
Para que deis á esa hez
El fruto de mis desvelos?

ELVIR. Papá, si usted me permite,
Yo le contaré el suceso.
En el atrio de la iglesia,
Siempre hay sentada en el suelo

Una pobre que no tiene
 Más amparo que los cielos.
 JORGE. Es quizá una bagabunda
 Que con sus engaños necios...
 ELVIR. Padre mío, es una anciana
 Que no puede con su cuerpo.
 Mi madre, al ir á la iglesia,
 De caridad me dió ejemplo:
 Ella la daba oraciones,
 Y mi madre... algún dinero.
 Yo pensé: «mi padre es rico.»
 JORGE. Pues no soy...
 ELVIR. Pero eres bueno.
 Voy á comprar un juguete.
 JORGE. ¿Gastar el dinero en juegos?
 ELVIR. Mi mamá me daba gustos;
 ¿Por qué, papá, has de ser ménos?
 Cuando salía la aurora
 Me marchaba al bosque ameno,
 Y compraba bellas flores
 A un anciano jardinero.
 Más tarde, llorando y sola,
 Por el camino desierto
 Iba con mis florecillas,
 Padre mío, al cementerio.
 Despues de rezar, ornaba
 Con ellas el nicho negro,
 Donde de mi santa madre
 Duerme en paz el frio cuerpo.
 Al descansar por la noche
 Creía ver entre sueños
 A mi madre, que de gracias
 Venía á darme su beso.
 Pues una noche, mi madre
 Que así me dijo recuerdo:
 «¿Ves, hija mía, las flores
 Con que me adorna tu anhelo?
 Pues en la noche callada
 Me las arrancan los vientos.
 Compra flores á los pobres;
 Compra la flor de los rezos,
 Que cuanto más sopla el aire,
 Más pronto la sube al cielo.»
 ¿Quién no se compra la gloria,
 Papá, por tan poco precio?
 Hoy al ir á socorrerla
 Vimos, con disgusto nuestro,
 Ausente á la pobre anciana
 Del atrio, que allí es su puesto.
 En su edad, que estará mala,
 Padre mío, me sospecho;
 Y un favor quiero pedirte,
 ¡Por madre que está en el cielo!

JORGE. (*Ligeramente conmovido.*)
 ¿Y es?
 ELVIR. Que me dejes que vaya
 Para darle algún dinero.
 JORGE. ¿Estás loca? ¡Calla, niña!
 MARIA. ¡Uno al de Elvira mi ruego!
 No la daremos gran cosa.
 JORGE. He dicho que no, y silencio.
 ¿Qué puede daros la anciana
 Si se está medio muriendo?
 ELVIR. Permite, papá, que cuente
 Una historia del colegio.
 Allá en Africa ó en Asia,
 Entre selvas y desiertos,
 Había un lago espacioso,
 De sol y nubes espejo.
 De árboles mil rodeado,
 Verdosos y gigantescos,
 Estaba, que se veían
 En el verde lago inmenso.
 Entre peñas y entre abrojos,
 Entre espesuras y brezos,
 Un leon allí tenía
 Su oculto palacio regio.
 Una noche, el rey del bosque
 Oyó un eco lastimero,
 Y movido á compasion
 Vió á un insectillo pequeño,
 A quien sin piedad quería
 Matar otro grande insecto.
 Cuanto más chillaba el débil,
 Más con sanguinario empeño
 Quería el mayor dar muerte
 A su miserable preso;
 Pero el leon se interpuso,
 É impuso la paz entre ellos.
 Desde entónces el librado
 (*Agradecido en extremo*)
 Quiso pagar esa deuda
 Al rey compasivo y bueno.
 ¿Mas cómo mostrar podía
 El bicho sus sentimientos?
 ¿En qué podría valerle
 Él, un miserable insecto?
 En estas dudas estaba,
 Pero á servirle resuelto;
 Y al fin resolvió guardarle
 Todas las noches el sueño.
 Una de ellas, el buen guarda
 Vió un resplandor á lo léjos,
 Al que siguió despues otro...
 Y á poco pasó rugiendo
 Una pantera, y se dijo:

«Es que cazan» avisemos.
Y al leon se fué en seguida
Y le refirió el suceso,
Añadiendo estas palabras
Como vía de consejo:
—«Tú me salvaste la vida,
Sin pensar que este pequeño
Pudiera también hacerte
Un favor cual tú le has hecho.
Nunca desprecies al pobre,
Haz bien, no seas soberbio,
Que el bien que dieres sobrado,
Falto, podrás recogerlo.»—

JORGE. ¿Y á qué viene esa historieta?

ELVIR. *(Con intencion.)*

Nada más, papá, que un cuento.

JORGE. ¿Qué tienen que ver aquí

El leon y los insectos?

¡Habeis hecho un gasto enorme!

MARÍA. Los vestidos están viejos.

Nos tendrías que comprar
otros, papá.

JORGE. ¡En eso pienso!

¡Compraros otros vestidos

Despues de lo que habeis hecho!...

MARÍA. Dando limosna, vestimos

El corazon de contento.

ELVIR. Papá, ¡que quizá la anciana

Triste y sola esté muriendo!

JORGE. Salid de aquí. ¿Habrás visto?

¿Pues no quieren más dinero?

(Mar. y Elv. vánse tristes.)

ESCENA V.

D. JORGE y á poco un CRIADO.

JORGE. Es fuerza mostrar rigor:

Si esa caridad no pasa,

Yo aseguro que la casa

Da cuenta de su señor.

Mucho, Trifon, ha gastado;

Mas yo saldré del apuro.

Está mi caudal seguro,

Renta mucho, bien guardado.

Va bien la fortuna mia;

Pero...

CRIAD. Señor.

JORGE. ¿Qué se ofrece?

CRIAD. Esta carta...

JORGE. *(Mirando el sobre.)*

Me parece...

Está bien. *(Al criado.)*

(Váse el criado.)

Es de Mejía.

No hay duda, sí, del banquero,

Que como le mandé obrar,

Quizá quiera consultar

Para emplear mi dinero.

(Lee.)

¡Una quiebra!... ¡Virgen Santal

(Legendo.)

«El cajero se ha fugado,

Y los fondos se ha llevado.»

¡Cayó felicidad tanta!

¡Yo estoy pobre! ¡yo arruinado!

¡Adios mis economías!

¡Infelices hijas mías,

El dolor ha comenzado!

¿Dónde hallar la dicha ya?

¿Dónde se hallan, santos cielos,

Los frutos de mis desvelos?

¿Dónde estás, dicha?...

ESCENA VI.

D. JORGE, MARÍA y ELVIRA.

MARÍA. *(Por su padre, que buscaban.)*

Aquí está.

ELVIR. Te buscábamos ansiosas.

(Con cariñoso ruego.)

¡Habrás cambiado, papá!...

¡Pero... estás pálido... tiembles!

MARÍA. *(Asustada.)*

¡Qué manera de mirar!

¿Llamo al médico?

ELVIR. ¡Estás malo!

JORGE. Sí, hijas mías, de pesar.

Yo me ahogo... una desgracia.

MARÍA. ¿Quién ha muerto?

JORGE. Nadie.

ELVIR. *(Como aliviada.)* ¡Ah!

JORGE. ¡Tiemblo al decirlo!

ELVIR. ¿Qué pasa?

JORGE. ¡¡Somos pobres!... Mi ansiedad,

Por guardaros un tesoro,

Me impulsó con loco afán

A ponerle en una casa

Donde se ganaba más.

(Con desaliento.)

¡Mi ambicion por esta vez,

Por desgracia, salió mal!

MARÍA. Cálmate, papá, nosotras

Nos sabremos estrechar.

Nuestras cosillas vendidas

Dan un pobre capital,
Y aún seremos en el pueblo
Más ricos que los demas.
JORGE. ¡Dios os bendiga, hijas mías!
ELVIR. María dice verdad.
¿Qué falta nos hace seda
Si hay vestidos de percal?
Papá, seremos juiciosas,
Te podremos ayudar;
Más pobrecita es la anciana.
No desesperes, papá.
Viviremos en la aldea,
Los labriegos... nos querrán;
Se goza tanto en el campo,
Que se olvida la ciudad.
JORGE. ¡Ay de mí, queridas mías,
Dejadme solo llorar!
¡Ahora sabré lo que vale,
Oh cielos, la caridad!

ESCENA VII.

D. JORGE solo.

Siento aquí, en el corazon,
Un dolor que me traspasa.
¡Debo el gasto de la casa
Desde algun tiempo á Trifon!
¡Oh fortuna, que inconstante
Te presentas al mortal!
¡Me haces formar un cau!al
Para perderle al instante!
Yo que tanto trabajé
Hasta que rico me ví,
Ahora me veo ¡ay de mí!
Como aquel que desprecié.

ESCENA VIII.

D. JORGE y TRIFON.

TRIF. ¿Pero es cierto lo que he oido?
¿Se ha recibido una carta?
JORGE. ¡Sí, Trifon, para matar
Mis risueñas esperanzas!
Yo que hace un breve momento
Era rico y disfrutaba
De mis bienes, y mofábame
De los que están en desgracia,
Ahora sufro, y una voz
Sale del fondo de mi alma
Y me dice: «Jorge, mófate,
Ríete, mira tu cara.»
¡Soy muy pobre!

TRIF. Mas la cuenta
Don Jorge podrá pagármela.
JORGE. ¡Ten caridad!
TRIF. ¿Yo tenerla?
¡Usted me enseñó á negarla!
JORGE. ¡Ten compasion!
TRIF. ¿De los pobres?
¡Que se mueran!... Sus palabras.
JORGE. (¡Justo cielo, me castigas:
Aun es poca pena tanta!)
TRIF. Usted verá de pagarme,
Que la suma es de importancia,
Mis ahorros de muchos años.
¿No tiene dinero?
JORGE. ¡Nada!
Esta quinta y estos muebles
Son comprados y alquilada,
Ellos son pocos, y debo
Cinco ó seis meses de casa.
Yo trabajaré, y tan pronto
Como se pueda...
TRIF. Es muy larga
La fecha que usted me fija
Para que pueda esperarla.
JORGE. ¡Ten compasion de mis hijas!
TRIF. Tambien yo las tengo ¡vaya!
Y dos más que usted. (Veremos
Si éste escondido algo guarda.)
Yo tomaré mis medidas.
JORGE. ¡Quiera Dios que bien te salgan!
TRIF. Avisaré al juez
JORGE. ¡Trifon!
TRIF. Y le prenderán.
JORGE. ¡Oh, calla!
¡No abuses más de mi estado!
TRIF. (Yéndose)
(¡Lo sacaré si lo guarda!)

ESCENA IX.

D. JORGE, ELVIRA y MARÍA.

MARÍA. ¡Deja, papá, de estar triste!
JORGE. ¡Hijas mías! el dolor,
¿Cómo quereis que deseche
Sin quitarme el corazon?
ELVIR. ¿No viven en este mundo
Tantos pobres como son?...
JORGE. La caridad prodigasteis,
Fuisteis buenas para Dios,
Disteis cien reales á pobres
Con gozoso corazon.
¡A mí... me escarnecerán!

Si os hacen bien á las dos.

Pero ¿quién llega?

MARÍA. (*Mira y con júbilo.*) ¡La anciana!

JORGE. ¿Por qué tiembla el corazón?

ESCENA X.

D. JORGE, ELVIRA, MARÍA y ÁNGELA.

ANG. (*Descansa como para tomar aliento; Jorge se mostrará conmovido á medida que adelante la escena.*)

¡Perdonadme que aquí venga!

ELVIR. (¡Dios la ha conservado sana!)

ANG. (*A Elvira y María como cariñoso agradecimiento.*)

Sé buscasteis á la anciana.

¡Que Dios en su amor os tenga!

¡Día de felicidad

Es hoy, que mi corazón

Os ha visto en la aflicción

Y á mí... en la prosperidad!

TODOS. (*Con sorpresa.*)

¿Cómo?

ANG. Escuchad un momento.

Hoy es justa mi alegría,

Porque puedo en este día

Mostrar mi agradecimiento.

Por un hijo que tenía

A todas horas rezaba,

Y sólo verle pensaba

En el reino de María.

Pero hoy de lejanas tierras

Viene con mucho dinero,

Que no me trajo primero

Por impedirlo las guerras.

Siempre el pobre trabajó,

Y tanto á mí me quería,

Que ahorrraba lo que podía

Hasta que se enriqueció.

Hoy ha venido á traer

Mi alegría y mi contento

En el dichoso momento

Que os puedo favorecer.

Ya corrió por las campiñas

Vuestro estado lastimero,

Y murmura el pueblo entero:

—¡Si lo siento es por las niñas!—

Cariñosas á la anciana,

Sin descanso protegieron,

Y una limosna la dieron

Al nacer cada mañana;

Y las intenciones pías

Con que me dieron el pan

Hacen que diga mi afán:

«¡Tomad, vivid, hijas mías!»

(*Pone una cartera en la mesa. Don*

Jorge llora en un rincón.)

JORGE. Pero...

ANG. Yo tengo bastante

Con tener á mi hijo amado;

Aprended lo que os ha dado

La caridad, y adelante.

JORGE. Señora, no sin llorar

Estoy sus frases oyendo.

¡Ahora, bien tarde, comprendo

Lo triste que es mendigar!...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y D. TRIFON.

TRIF. ¿Al juez habré de acudir?

JORGE. No... tome.

(*Dándole algún dinero.*)

TRIF. (*Asombrado.*) ¿Qué novedad?...

JORGE. Esto es... una caridad

Que me han dado sin pedir.

(*A la anciana.*)

Como pobre y como honrado

Sabré ganar el sustento,

Y al fin pagaré contento

El don con que me ha salvado.

¡Gracias, Virgen soberana,

Por tu piadosa clemencia,

Que ilumina mi conciencia

La limosna de la anciana!

FIN.



SINCERIDAD.

A veces el desacierto
Puede presidir los actos
Del hombre, sujeto siempre
Por su desgracia al engaño.
Pero si obrando leal
Y con propósito honrado,
La sinceridad es guía,
Que va marcando sus pasos,
Cualquier falta se atenúa
Al mirar su impulso franco,
Secundando un pensamiento
Que no roba paz al ánimo.
¡La verdad! ¡celeste imagen,

Déjanos gozar tu encanto
Y alumbre al mundo la luz
De tus purísimos rayos!
Rindante siempre los hombres
Culto solemne y sagrado,
Y muéstrales tú la dicha
Que se ofrece al practicarlo.
Porque, del bien en la senda,
Verá el término anhelado
El que la verdad por guía
Lleva siempre ante sus pasos.

E. CEBALLOS QUINTANA.

ACTUALIDADES.

La comedia *Yo no quiero ir á la escuela*, representada en el teatro de los Bufitos Madrileños, obtiene el mayor éxito entre los infantiles concurrentes á dicho teatro.

**

En el Circo ecuestre del Sr. Parish, prosigue este inteligente empresario dando á los espectáculos toda la posible variedad. El personal de la compañía es numeroso y excelente.

**

El teatro Guignol continúa siendo una mina para su inteligente empresa. Verdad es que los muñecos que en el mismo trabajan son altamente simpáticos, y que sus gracias no cansan nunca al público alegre y risueño que llena sus asientos.

**

Nuestro deseo de que salga en un solo número la comedia del Sr. Groizard, que, en su adolescencia aún, demuestra condiciones poco comunes para el cultivo de la

literatura, nos hace aplazar para el número inmediato la inserción de otros interesantes originales.

**

Todas cuantas personas han examinado en el Conservatorio de Artes los trabajos ejecutados por los alumnos que á dicho establecimiento concurren, elogian los notables resultados que producen sus diferentes cátedras. Las enseñanzas que hoy se dan en ellas son Matemáticas, Física, Química, Mecánica aplicada, Lenguas francesa é inglesa y Dibujo de figura, adorno y aplicación á los oficios y artes.

**

En el colegio de *La Madre de Dios*, que dirige en Valencia la Sra. Doña Teresa Eserig, se ha verificado últimamente la solemne entrega de premios á las alumnas que más se han distinguido durante el pasado curso. La exposición de labores de dicho colegio ha sido notabilísima.

SOLUCIONES Á LOS JUEGOS DE IMAGINACIÓN DEL NÚMERO ANTERIOR.

Al problema.—*Murciélago.*

Al acertijo.—*El trabajo.*

Al jeroglífico.—*El vino es el enemigo del estómago: por eso se sube á la cabeza.*

Han remitido soluciones: Doña Jesusa de Granda, Doña Patrocinio García, Doña Eulalia Flores, Doña Maria Grimaldi, D. Samuel Sanchiz, D. César Sanchiz, Don Francisco Pascual y D. Francisco García, todos suscritores de Madrid.

FUGA DE CONSONANTES.

.e .a.i.o e. o.i.ue.a
 . i.o e. .ua.a.a.a.a
 .e. e...i.o. e. i a.e.o
 . i..o .o. a.a..a.a

PROBLEMA.

¿Cuál es la poblacion que encierra la misma particularidad que la palabra Múrcielago, de contener las cinco vocales de nuestro alfabeto?

CHARADAS

I

En *segunda* de *primera*
 Van mil *todos* por la *acera*.

II

Tan pronto dices *primera*
 Cual *segunda* decir *sueles*,
 Y así vivo yo entre *dudas*
 Que es mi *todo* no entendierte.

III

Mi *prima* dos *tercia* *cuarta*
 No *una* dos *cuarta* que quiero,
Cuarta *prima* dos *tres* *cuarta*
 Que para esto yo lo tengo.

Las soluciones ántes del 2 de Agosto.



Carmencita es una niña tan buena como aplicada. La educacion y el ejemplo de sus padres contribuyen á hacer de ella una verdadera mujercita, y es seguro que por su laboriosidad y virtudes merecerá siempre el cariño y el respeto de cuantos la traten. Micifuz, que es muy su amigo, no quiere interrumpirla en su costura, y aguarda tranquilo que aquélla termine para recibir las caricias de su amita.